

José Manuel Cuéllar Moreno

La razón pendular de Emilio Uranga

Una historia del existencialismo mexicano

Herder

Diseño de la cubierta: Ilan Garnett
Ilustración de la portada: Allan G. Ramírez
Fotografía de solapa: Joaquín Trujillo

© 2025, José Manuel Cuéllar Moreno
© 2025, Herder Libros, Ciudad de México / Herder Editorial, Barcelona

Herder Libros S. de R.L. de C.V.
Tehuantepec 52 B, Roma Sur,
Cuauhtémoc, 06760 Ciudad de México

ISBN (México): 978-970-96571-2-8
ISBN (España): 978-84-254-5378-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Corrección de estilo: Camila Joselevich
Imprenta: Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Impreso en México - Printed in Mexico

Herder
www.herdereditorial.com

Índice

Prólogo

El sentido de la existencia	11
-----------------------------------	----

Primera parte

Andanzas de mocedades (1921-1944)	19
---	----

1. Una breve fulguración	21
2. La Nena Serrano	26
3. Vida filosófica, en cualquier sentido que fuese, no hay aquí	38

Segunda parte

Los atlantes de Mascarones (1944-1946)	49
--	----

4. La voz trágica de José Gaos	51
5. Estás conmigo (<i>Avec moi</i>)	66
6. En la casa donde alguien muere todo cambia	72

Tercera parte

El existencialismo mexicano (1947-1949)	85
---	----

7. Una tarta de crema llamada Sartre	87
8. El nacimiento de un titán	92
9. Revolución y taxidermia	98
10. Existencialismo en dosis inofensivas	103

11. García Bacca y la mentira	107
12. Las tribulaciones de Alí Chumacero	118
13. Los jóvenes demonios lanzan su grito de guerra	126
14. El licencioso pero ineludible deseo de ser Dios	136
15. Simone de Beauvoir y Merleau-Ponty visitan México	145
16. Postdata	153

Cuarta parte

Neokantianos <i>vs.</i> existencialistas (1947-1949)	157
17. Anacrónicos, aguerridos y pedantes	159
18. ¿Quién hace la filosofía?	163
19. Una Academia roedora y de orejas largas	170
20. A la sombra de los ahuehuetes	176
21. Eduardo García Máynez y Juan Manuel Terán necesitan con urgencia un curso de fenomenología	183
22. Los neokantianos son como brujos primitivos	192
23. Las conferencias del IFAL (entrelíneas)	196
24. Francisco Larroyo rompe el silencio	202

Quinta parte

La filosofía de lo mexicano (1948-1950)	205
25. Tres paradas antes de la estación final	207
26. La Universidad no dará a ganar un solo peso	216
27. Zozobra	232
28. Marxistas <i>vs.</i> existencialistas	239
29. La filosofía mexicana se echa a la calle	253
30. Discreción y señorío (sobre cómo rebelarse ante la autoridad)	258

31. El III Congreso Interamericano de Filosofía	264
32. La vía mexicana	269
33. ¿Existencialismo? ¡Eso es basura!, dice Vasconcelos	275
34. Emilio Uranga en el laberinto	282
35. Ciudad Universitaria	293

Sexta parte

El amor cínico (1950-1953)	295
36. La intelectualidad	297
37. El verdugo melancólico	300
38. Emilio Uranga vs. Rodolfo Usigli	305
39. Nacionalismo vs. humanismo	308
40. La primera deserción	317
41. <i>Nepantla</i>	318
42. El filosofar revueltísimo de José Revueltas	325
43. Un infinito dédalo de espejos	334
44. Las vicisitudes de una revista	344
45. José Gaos mira a Leopoldo Zea	355
46. El mirlo blanco	359
47. Filosofía y poder	365
48. Análisis del ser del mexicano	371
49. La exquisita dolencia	382
50. Un pacto con el Diablo	388
51. El derrumbe de un titán	391

Epílogo

Una noche relampagueante que no cesa	397
Agradecimientos	417
Notas	421



Emilio Uranga

¿Qué pasaría si un día o una noche un demonio se deslizara furtivo en tu más solitaria soledad y te dijera: 'Esta vida, tal como la vives ahora y tal como la has vivido, la tendrás que vivir una vez más e incontables veces más; y no habrá nada nuevo en ella, sino que cada dolor y cada placer y cada pensamiento y suspiro y todo lo indeciblemente pequeño y grande de tu vida tendrá que retornar a ti y todo en la misma serie y en la misma sucesión...?

Friedrich Nietzsche, *La gata ciega*

Hay vidas tan dignas de ser contadas, en su espectáculo cotidiano y extraordinario, como de ser vividas en un ruedo interior atravesado por tempestades subjetivas.

Emilio Uranga (1972)

Prólogo

El sentido de la existencia

Es cierto, al mexicano hay que darle de comer, hay que darle todos los instrumentos para una mejor vida, pero también, simultáneamente y no después, hay que darle un sentido a esa vida. Un para qué vivir, un para qué comer, un para qué tener resueltos los problemas materiales. Este para qué es lo que se llama sentido.

Leopoldo Zea, “Escila y Caribdis de la cultura mexicana” (1952)

Lo demoníaco expresa quizá la condición humana vivida en una proximidad candente.

Emilio Uranga, “Sobre el Doktor Faustus de Thoman Mann” (1952)

EL PECADO DE LA SOBERBIA

Un grupo de jóvenes endemoniados recorría las calles de la Ciudad de México desde las 10 de la noche hasta el amanecer, interrogando con la voz en grito todo cuanto existe entre el cielo y la tierra. Se hacían llamar el Grupo Hiperión y pregonaban una filosofía soberbia, maldita y desquiciadora. “Según una antigua tradición teológica, soberbia es poner la propia libertad por fundamento primero y exclusivo de nuestro ser. La soberbia, pecado demoníaco por excelencia, está ligada a la auténtica rebelión”.¹

El mal, en sentido estricto, no existe. No es nada. Puede definirse, a lo sumo, como la ausencia de bien o como el infinito alejamiento de la bondad divina. “Querer ser Dios y no poderlo es justamente una ‘desesperación infernal’. Así aparece descrita la desesperación demoníaca en la Biblia”.²

Demoníacos e incomprensibles fueron los indios para los primeros conquistadores. Demoníaca fue la furia libertaria de Miguel Hidalgo. Demoníaca la revolución que puso a México de cabeza en 1910. Demoníaco fue el Grupo Hiperión por proponer una moral de la accidentalidad y el infundio (una moral sin fundamentos graníticos) y por quebrantar la ilusión de un mundo seguro, sustancial, determinado. Había que recordar lo obvio, que es, a la vez, lo más insoportable: somos cuerpos vulnerables y a merced del azar. Nada está escrito de antemano. Y si existir conlleva un constante peligro, también conlleva una constante responsabilidad. La existencia es, al fin y al cabo, nuestra libre y siempre inacabada hechura.

Estos jóvenes existencialistas se atrevieron a lo impensable: le plantaron cara al flamante PRI. A la Revolución “ojerosa y pintada” de Miguel Alemán Valdés —obnubilada por los rascacielos de Mario Pani, las obras públicas, el cine de Pedro Infante, los cocteles en Acapulco—, opusieron una revolución “íntima y cordial”. “¿Qué es el mexicano?”, se preguntaban todos por entonces en la plaza pública. “¿Qué es el mexicano?”, repitieron los hiperiones con sorna. El mexicano no es nada —se respondieron— más que un puñado de posibilidades en espera de realización, un quehacer colectivo, un accidente en el tumultuoso devenir de la historia. El mexicano —concluyeron— tiene una importante lección que enseñar a la humanidad: la de que el estado normal del mundo es la crisis.

Los hiperiones se rehusaron a comentar libros. Trataron a Jean-Paul Sartre, Merleau-Ponty y Gabriel Marcel de tú a tú. Querían demostrar que aquí, en México, no solo hay profesores que repiten hasta el cansancio y sin modificar una coma las tesis de la filosofía occidental: aquí también hay pensadores originales. Filósofos auténticos. Filósofos que no languidecen en una torre de marfil y que no

temen a los vendavales de la intemperie. Esa era su meta última, la más demoníaca de todas. Querían la emancipación mental de México. “Se es demonio, ante todo, por no respetar lo hecho y lo definitivo, por no inclinarse ante el ser; y en el ser, ante la sustancia”.³

De 1948 a 1952 la filosofía existencialista deambuló libre por las calles de la ciudad, en los billares, en los cafés de Bucareli, en el Bar Chufas de la calle López, escandalizando a la gente con demoníacas tesis sobre la precariedad de la existencia. La angustia y la nada eran temas obligados de salón, se las discutía entre un cigarrillo y otro, después del postre. Filósofos y no filósofos estaban al pendiente de las conferencias del Grupo Hiperión, de sus pasos y de sus gestos. Hubo entrevistas —decenas de entrevistas—, primeras planas, pleitos encarnizados con José Vasconcelos, con José Revueltas, con Narciso Bassols, con medio mundo. “La sociedad entera se conmovió, quedó admirada, estupefacta...”⁴

En el epicentro de ese terremoto se encontraba un muchacho de ojos chisporroteantes y sonrisa cínica.

UN VICIO LLAMADO EMILIO URANGA

¿Quién fue Emilio Uranga (1921-1988)? Algunos se formulan otra pregunta: ¿quién no pudo (o no quiso) ser? Se le recuerda sobre todo por su brillante e intrépido libro de 1952, *Análisis del ser del mexicano*, pero también por su trabajo como periodista y como asesor de cuatro presidentes: Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría, José López Portillo. ¿Estamos ante un “genio maligno” del PRI? ¿Un personaje sórdido que realizaba para los príncipes trabajos de cañería profunda? La imagen es un poco caricaturesca. Uranga fue un genio “como los que se dan en Europa una vez cada siglo”, según reza el famoso augurio (¿o habrá sido maldición?) de su maestro José Gaos.

Nadie nunca puso en tela de juicio su inteligencia endemoniada y su apabullante capacidad para hilvanar y deshilar ideas. Detrás de

los anteojos de montura de níquel, Uranga tenía una mirada de rayo láser. Un amago de sonrisa, un manoteo nervioso, una frase lapidaria de Uranga bastaba para echar por tierra el argumento de su interlocutor. Si algo lo caracterizaba era un afán implacable de desenmascarar, a lo Nietzsche. Mojaba su pluma en veneno antes de escribir; zarandeaba las fibras sensibles, leía entre líneas y aullaba lo que otros se empeñaban en ocultar. José Gaos, Juan José Arreola, Daniel Cosío Villegas, Carlos Fuentes y Octavio Paz fueron tan solo algunos de sus blancos predilectos. Nunca fue dócil. Ni con sus coetáneos ni con el poder. Le gustaba decir que era un consejero mas no un aconsejado del presidente. ¿Cómo fue que esta joven promesa de la filosofía se quedó en agraz, cambiando el ámbito ascético y monacal de la academia por los reclamos y los tirones del periodismo? ¿Qué pudo haber sido —qué puede ser— su “análisis del ser del mexicano”?

De su infancia y de su adolescencia nos quedan algunas imágenes huidizas. Lo veremos salir del colegio La Salle y tomar la mano de su tío, un hombre trajeado y de bombín. Lo veremos caminar con paso desenfadado por la calle Belisario Domínguez y detenerse en una librería a gastar el poco dinero familiar en los folletines de Rocambole, Sherlock Holmes y Julio Verne. Hacia 1935 lo veremos con las narices hundidas en la biblioteca del nuevo mercado Abelardo L. Rodríguez, justo frente a su casa, y lo veremos finalmente, a los 17 años, sentado en el salón de un personaje fascinante y misterioso: la Nena Serrano. Palabrejas como “escepticismo”, “estoicismo” y “eclecticismo” revolotearon por primera vez en los oídos de Uranga.

En la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) se ganó el apodo de *Enemilio* por su erudición y su estilo cáustico. No paraba de hablar. Sus palabras formaban un torrente que aturdí a sus compañeros y los llenaba de admiración. Leía a Ganimet, Unamuno, Ortega, Vasconcelos, Reyes, Joyce, Mann, Huxley. Iba del Café Colón a la nevería La Princesa y de allí a la Librería Robredo. La lechuza de la *Revista de Occidente* le devolvía la mirada detrás del escaparate.

Uranga se dio conocer en 1947 como el *enfant terrible* que rompió con la ortodoxia heideggeriana de José Gaos y como el principal

introdutor del existencialismo francés (Sartre, Merleau-Ponty). Se erigió en la cabeza más brillante y visible del Grupo Hiperión, conformado por Jorge Portilla, Luis Villoro, Ricardo Guerra, Salvador Reyes Nevárez⁷ y Fausto Vega. Una vez defenestrado Gaos-Heidegger, los hiperiones tomaron la estafeta de la “filosofía de lo mexicano”. ¿Cómo definir al nuevo ser humano surgido de la Revolución? Esta pregunta de calado metafísico se la habían planteado Antonio Caso, José Vasconcelos, Samuel Ramos, Leopoldo Zea. Para estos filósofos, la Revolución era —o tenía que ser— algo más que un simple cambio de gabinete. Concebían al mexicano como un ente mercurial y ajeno a cualquier definición patrioter.

La “filosofía de lo mexicano” abandonó los estrechos pasillos de la Casa de los Mascarones (es decir, la vieja Facultad de Filosofía y Letras) para convertirse en un fenómeno cultural. La gente se amontonaba y distribuía codazos para escuchar las candentes tesis de Emilio Uranga (“la vida para el mexicano entraña un esencial ‘tronchamiento’ o ‘quebrazón’, acción y efecto de romperse bruscamente, súbitamente”, “en el mexicano hay una sensación casi nunca dominada de agobio del ser”, “los comportamientos del mexicano son ‘modos’ de accidentalización de su originaria accidentalidad”). El joven filósofo ofrecía al público una sonrisa maliciosa y triunfante.

Uranga recelaba de la “doctrina de la mexicanidad” y de la fiebre modernizadora del gobierno. La Revolución institucionalizada le parecía superficial y grosera. El prejuicio de que el *Análisis del ser del mexicano* promovió una moda nacionalista hoy está refutado; lo mismo ese otro prejuicio que le arroga a Uranga el tenebroso propósito de legitimar, con terminajos filosóficos, la incipiente dominación priista. Hoy leemos el *Análisis* como un discurso ferozmente anticolonial.

Alfonso Reyes lo felicitó por el libro, le palmeó el hombro y lo instó a irse a Europa. En Friburgo conoció a Heidegger. “Causa pena ver al más grande de nuestros pensadores ataviado tan miserablemente. Un saco negro de corte sport, una camisa azul

y una corbata roja”. De Friburgo se trasladó a París, que era por entonces —mediados de los cincuenta— una gran fiesta latinoamericana.

Un día el doctor Jean Wahl, profesor de la Sorbona, invitó a Uranga a un coctel en que se darían cita filósofos de todas las latitudes. Uranga no sabía qué denominación elegir para su “sistema” filosófico. ¿“Humanismo del accidente”, “ontología del mexicano”? El anfitrión solventó el problema presentándolo como el exponente del existencialismo francés en México. “Hubo un murmullo de aprobación y de complacencia, se me tendieron muchas manos y un rescoldo de atención y de cuchicheos dio remate a la faena. El bautizo estaba ya consumado. La franquicia de universalidad conseguida sin vacilación ni cavilaciones”.

Uranga volvió a México en marzo de 1957. Retomó su trabajo como profesor de la UNAM, pero no acababa de sentirse cómodo en el salón de clases. Las festivas calles del centro histórico nada tenían que ver con la pedregosa Ciudad Universitaria. Gracias a sus *copains* en el gabinete, Uranga obtuvo trabajo como asesor de López Mateos. “Fueron años de un periodismo batallón en revistas como *Política y Siempre!*, y en diarios como *Tiempo de México* y *La Prensa*. En todo me consultaba con Porfirio Muñoz Ledo”. Uranga llegó a la conclusión de que “la filosofía de lo mexicano” era una filosofía caduca. Había tenido su vigencia y su contexto de enunciación. Resultaba inútil prolongar sus estertores.

“Examen”, la inclemente columna de Uranga en *La Prensa*, sobrevivió a la renovación de poderes de 1964 y se prolongó durante el diazordacismo hasta el año de 1968. Díaz Ordaz admiraba la inteligencia luciferina de su asesor. Procuraba mantenerlo cerca y a raya. Alguna vez se le oyó decir: “Estamos ante un raro caso de lucidez, de la que me tengo que cuidar, porque si abro la boca don Emilio me crea un problema”.

Se barajó el nombre de Uranga como uno de los posibles autores de *¡El móndrigo!*, un libelo infame que denostaba el movimiento estudiantil. Hoy se sabe que el autor principal de este libelo no fue

Uranga, sino Jorge Joseph Piedra. Sea como fuere, la matanza de Tlatelolco tuvo el efecto de ubicar a Uranga en el “lado oscuro”. No podemos caer en la tentación fácil de ver en él a un consejero áulico y mucho menos al orquestador de la represión gubernamental. Entre 1968 y 1969 publicó cerca de 120 artículos. Condenó con palabras taxativas la brutalidad del Estado. Ensayó arriesgadas hipótesis sobre la violencia juvenil y la violencia reactiva.

Uranga todavía publicó dos libros: *Astucias literarias* (1971) y *¿De quién es la filosofía?* (1977), en un intento por sustraerse a las pasiones efímeras y caedizas del periodismo. Falleció en 1988 tras un largo declive y sin haber dado nunca a la imprenta ese sistema filosófico eternitario con el que alguna vez soñó. Su obra se quedó inconclusa como la sinfonía de Franz Schubert. Cada oyente tiene que responder a la solicitud de completarla.

Uranga se perfila en la actualidad como uno de los filósofos mexicanos más importantes y más leídos. Su *Análisis* ya ha sido traducido al inglés y se le considera un referente para el estudio de las identidades fronterizas. Por sus críticas a la ontología occidental y por sus críticas a cualquier narrativa sustancializante y opresora, hoy reconocemos a Uranga como una especie de filósofo posmoderno *avant la lettre*. Comenzamos a reconocer, además, su faceta como crítico literario de afilado colmillo.

“Estás condenado a ser siempre promesa”, le dijo en cierta ocasión Rosario Castellanos. “Sí —replicó Uranga con cínico orgullo—, como un billete de la lotería, a un tris de ser, permanente y renovadamente, el premio mayor, pero no por ello perdiendo su calidad de ser un contrato de esperanza. Mientras haya viciosos de la lotería mi destino no caducará”.

EL ETERNO RETORNO

Una tarde de 2015 dejé caer el nombre de Emilio Uranga en la sala de Hugo Hiriart:

—¿Emilio Uranga? —Hiriart me lanzó una mirada de incredulidad por encima de su taza de café— Uranga fue mi amigo. Un hombre cabrón... pero muy inteligente.

Otro día telefoneé a la casa de Elena Poniatowska:

—¿Uranga? —advertí en su voz el mismo tono de incredulidad— Uranga fue mi compañero en el Centro Mexicano de Escritores. Siempre me pedía dinero prestado. No te puedo decir más.

¿Por qué el nombre de Emilio Uranga, a más de treinta años de su fallecimiento, sigue despertando reacciones de admiración e incomodidad? Detrás de este libro hay una búsqueda por hemerotecas y archivos privados en un intento por comprender lo que pasó entre los muros de la Casa de los Mascarones a finales de los cuarenta. ¿Quiénes fueron estos demonios que mantuvieron en vilo a todo un país? ¿Y por qué los filósofos de generaciones posteriores levantaron un cerco de silencio a su alrededor?

Esta es también una historia de amistad. A lo largo de la investigación muchas personas me abrieron generosamente las puertas de su casa y de su memoria. Las siguientes páginas son el resultado de esos cafés, de esas charlas, de esos correos en que salieron a relucir recuerdos tanto felices como dolorosos.

Emilio Uranga será el Cicerone que nos descubra sin miramientos ni disimulos toda una época de México. Pero también será, con frecuencia, un enorme y peligroso cachalote blanco dispuesto a no dejarse capturar.

Mi intención es una: profanar la más solitaria soledad de Emilio Uranga para obligarlo a revivir, una y otra vez, en cada lector, los años demoníacos de la filosofía.

Primera parte

Andanzas de mocedades (1921-1944)

En México se reparten tierras y libros. Una mujer misteriosa seduce a Emilio Uranga. Alfonso Reyes dicta una conferencia iluminadora y tiene su primer infarto. En la Casa de los Mascarones monta guardia fray Alonso de la Veracruz.

Conviene precavernos, es claro, del peligro de formular un nacionalismo filosófico en vez de filosofar con los tesoros de la experiencia nacional.

José Vasconcelos, *Indología* (1926)

Todo hombre corresponde, es verdad, a su época. Por grande y poderoso que sea su ingenio, se mueve siempre en el ambiente de su siglo; pero siempre aspira a realizar algo mejor, si es realmente un hombre de ideal. Muestra entonces a quienes lo siguen otras perspectivas, un término lejano hacia el cual marcharán si le entienden.

Antonio Caso, *La persona humana y el Estado totalitario* (1941)

1. Una breve fulguración

Una boda tiene lugar. Es la soleada mañana del 7 de junio de 1920 en el Sagrario Metropolitano. El novio —todo sonrisas— se llama Emilio Donato Uranga Andrade (1886-1946). No es precisamente un buen partido. Viene de una familia de músicos que rasguean la guitarra y el violín por los teatros y los bares de la capital. Seguramente fue eso, el rasgueo melancólico de una guitarra, lo que enamoró a María González Traslosheros (1893-1945). El apellido Traslosheros evoca la campiña poblana y el aroma del clavo, la canela, el ajonjolí. Su menguada fortuna se remonta al siglo XVIII, a la época del virrey Carlos Francisco de Croix, que los favoreció con tierras, hectáreas de tierras. Quizá ya no tuviesen el dinero de antes, pero seguían siendo, según la expresión de María (y de la mamá de María), “gente decente”.⁶

Un año después, el 25 de agosto de 1921, nació en la Ciudad de México Emilio Uranga González, nuestro protagonista.

No es descabellado afirmar que Emilio Uranga se percibía a sí mismo como la confluencia de dos familias antípodas en su historia y en sus costumbres. En palabras de Jorge López Páez, Emilio “traía un tráiler de malos recuerdos de familia. Esto no lo manifestó, pero se reveló en que, durante los años en que fuimos tan amigos, nunca mencionó a nadie de su familia, como si hubiera salido de un orfanatorio. Es probable que anduviera en busca de

un hogar”.⁷ López Páez nos brinda algunas claves para entender la personalidad de Emilio: un hombre escindido, partícipe de los extremos de un padre bohemio y de una madre de hondas raíces familiares y espirituales, pero también huérfano, en perpetua y frustrada búsqueda del “maternal sosiego del hogar”. La orfandad será, para Emilio, una especie de *a priori*.

El testimonio de López Páez coincide con el de Ricardo Garibay, otro amigo que trató a Uranga por muchos, muchos años, sin nunca terminar de roer el duro hueso de su vida íntima: “Me dijo de su padre una vez lo siguiente: ‘Era un hombre que vivía de noche. Era amigo de Tata Nacho y de Mario Talavera. Era de esa gente.’ Fue todo lo que me dijo en toda su vida. De su madre me dijo: ‘Era de Puebla, era una santa’. Pero lo dijo con sarcasmo. Fue todo lo que le oí de su madre”.⁸

En 1922 Emilio Donato dio a conocer un foxtrot llamado *Hawaiana*, su primera composición con letra de Ángel Rabanal. Sería una década fecunda para Emilio Donato: en 1926 presentó *La negra noche* —“la negra noche tendió su manto / surgió la niebla, murió la luz / y en las tinieblas de mi alma triste / como una sombra llegaste tú”—; en 1926, *Lindo Michoacán*; y en 1927, *Allá en el rancho grande* junto con Juan del Moral, según consta en el registro de la Sociedad de Autores y Compositores de México, aunque su autoría no está exenta de polémica, pues algunos ubican la composición en 1926 y la atribuyen a Silvano Ramos.

Emilio Uranga dio sus primeros pasos en la “nueva y suave patria” de Ramón López Velarde, bajo el signo de Álvaro Obregón y de José Vasconcelos; una patria que repartía libros además de tierras y que rápidamente se coloreaba con las tonalidades y los motivos de los muralistas mexicanos; una patria que observaba impertérrita el avance del foxtrot y de otros atentados yanquis al buen gusto; una patria que tenía en Antonio Caso, el Maestro de México, al portavoz más insigne de su filosofía.

Esta amalgama única de Revolución, Universidad, Estado, humanismo ateneísta y maderismo redivivo no sería, sin embargo, más que una breve fulguración.

EL LIBRO DE LA HUMANIDAD

Emilio Uranga habitaba en la vecindad de la calle Rodríguez Puebla número 25, a espaldas de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto. Por influencia materna, recibió una educación “olorosa a sacristía” en el Colegio Francés de La Salle, por la calle de Belisario Domínguez, junto al templo de La Concepción. Iba a recogerlo su tío, “muy serio, de bombín, buena gente. Silencioso el señor, trataba a Emilio con algo semejante al respeto. Aquel chamaco se le imponía”.⁹

De camino a casa, Emilio y su tío se detenían en una librería de préstamos a domicilio a abastecerse de novelas policiacas y de los folletines de *Rocambole*. “En mi niñez alternaban en preferencia Sherlock Holmes y Julio Verne”.¹⁰

En los patios de La Salle trabó amistad con José González Bárcena, Salvador Reyes Nevárez (futuro hiperión) y Federico Llanes, a quien llamaba “esclavo” con crueldad infantil.¹¹ Jugaban al trompo y andaban en patines en el patio trasero del templo de Loreto, a la sombra de la enorme cúpula neoclásica. En la foto de grupo del 4º año “B”, se ve a Emilio sentado en primera fila, con los hombros caídos y la corbata desalineada; se le ve serio, casi adusto, con el fleco lacio cayendo sobre su frente. Viste un saco cruzado de solapa ancha y tiene las manos entrelazadas sobre el regazo. “Desde aquellos años dedica horas en las tardes a la lectura, gracias a la ayuda de su madre, quien se las ingenia para conseguir dinero para la compra de libros (mediante la confección y venta de sombreros) y para mantener en propicia calma su pequeña casa”.¹²

Emilio coleccionaba timbres y sometía plantas e insectos a su escrutinio con el auxilio de un microscopio japonés y de sus amigos inseparables, José y Salvador. “Nos dio a los tres —tendríamos doce